

el ilustre teólogo. A mí sólo me corresponde repetir que fue único en la inspiración, solo en hermosura de talento, superior más que todos en cualidades éticas, y magnífico al expresar sentimientos en palabras, que su pluma vertía con musicalización inimitable.

RAMON SALAZAR SANTOFIMIO

Bogotá, mayo 10 de 1933.



EL EDIFICIO DE LA GRAN EXPOSICION NACIONAL

(HISTORIA DE EL HOSPICIO)

Por Arturo Quijano

La Gran Exposición Nacional de 1931 ha sido instalada en un edificio que, aunque antiguo, es hoy el más extenso después del capitolio y de los cuarteles de San Agustín, de cuantos forman el centro de la ciudad.

No se ha escrito su historia especial; bien que en varios autores consten datos dispersos, correspondientes a diversas épocas. Formar de éstos un solo cuerpo, para hacerlos resaltar armónica y sucesivamente, es labor que se impone, antes de que las grandes edificaciones que allí levantará la Junta de Beneficencia (sin vender por parcelas un terreno que tendrá incalculable precio en el futuro)—para lograr una renta no soñada—borren para las generaciones la perspectiva de ese enorme caserón.

Al concurrir la primera noche a la inauguración de esa formidable empresa de optimismo y patriotismo, en hora feliz ideada y realizada por don Alfonso Mejía Robledo, vínosenos a la mente la necesidad y oportunidad de escribir aquella historia de conjunto (continuación de nuestros estudios sobre «Casas históricas de Bogotá»), a manera de contribución —en la esfera de nuestras actividades— a esa obra grandiosa, que tanto

ayuda en estos momentos a levantar el espíritu nacional y a tener fe, pero mucha fe, en el porvenir de Colombia.

Por otra parte, parece indispensable que el magnífico libro que se prepara para propaganda y perpetuo recuerdo de la Exposición, tenga una reseña histórica, como de guía para el amable lector.

En obsequio de éste, y como tributo de admiración a los iniciadores y expositores, nos damos a la simpática tarea, como colaboración modesta pero entusiasta para el atrayente volumen que entra a las prensas.

El edificio que las generaciones bogotanas hace siglo y medio vienen conociendo con el nombre de El Hospicio (carrera 7.^a con calle 18), fue construido para noviciado de la compañía de Jesús, una vez que la fuerza de ésta (cincuenta años después de su establecimiento en el Nuevo Reino de Granada) impuso la necesidad de un colegio de novicios en la propia capital de la Colonia, colegio apenas iniciado en Tunja. Ya para entonces (mediados del siglo XVII) el número de jesuitas alcanzaba en el país a doscientos cincuenta, y era necesario facilitar el ingreso de tantos neófitos criollos que deseaban aumentar las disciplinadas milicias de Loyola, empeñadas en grandes misiones en las inmensas pampas del Oriente.

Levantóse, pues, el edificio sobre la «calle larga» o «calle ancha» de las Nieves, que de ambos modos apropiadamente se llamaba, pues era notable por su latitud, así como por su extensión. Suministró el dinero principalmente el bachiller Bernardino de Rojas, en varias donaciones, que fueron aceptadas por su madre, Margarita de la Cruz, quien renunció los derechos de heredera que llegara a tener en caso de fallecimiento del donante. Este, en cambio, lo único que exigió a los jesuitas fue «el cargo y calidad del derecho de fundador y que en el dicho noviciado o colegio de la dicha compañía de Jesús se me haya dar celda en qué asistir toda mi vida,

de comer como a los demás religiosos a que se extiende su caridad. Y cuando tenga necesidad de una sotana y manteo de paño de Quito, dos camisas de lienzo de La Palma, unos calzones y simiquillas de sayal basto de la tierra, zapatos de vaqueta...»

Opusieronse los franciscanos, por quererse fundar convento tan cerca (dos cuadras) de los suyos; pero el Vicario en sede vacante, bogotano doctor Lucas Fernández de Piedrahita, no solo lo allanó todo, sino que cedió dos casas suyas para la empresa. El retrato, como Obispo de Santa Marta que fue, del doctor Piedrahita, acaba de ser colocado en la galería de historiadores de la Academia Colombiana de Historia.

«Otras dos casas —dice un autor— regaló el doctor Antonio Verganzo y Gamboa, que después ingresó a la compañía, y tanto la audiencia como el Presidente Pérez Manrique y el Párroco de las Nieves, don Jacinto Solanilla, contribuyeron gustosos al feliz establecimiento del noviciado. El 20 de agosto de 1654, un año después de la fundación, se hizo la dedicación de la Iglesia, con una ligera fiesta a que asistieron los dos cabildos, los miembros de la Real Audiencia y las corporaciones religiosas. En esta Iglesia se conservaba el cristo con que murió San Francisco de Borja y que fue regalado por el Obispo Piedrahita (1). Existían también una carta autógrafa de San Ignacio, y varias pinturas que fueron vendidas a vil precio en 1834».

El Padre Provincial Hernando Caver nombró primer Rector al Padre José de Urbina, y bien pronto se distinguieron ya los jesuitas que allí se iban formando, tales como los hermanos internos Juan de la Peña y Francisco Ellauri, Francisco y Martín Niño, etc.

(1) Un nieto del santo había muerto en Bogotá, en 1628, como gobernante de la Colonia. El Cristo aludido se conserva en La Veracruz. Hay, con todo, datos contrarios sobre la historia de esa imagen.—Nota de Quijano.

Omitíamos decir que la primera capilla fue provisional y estuvo consagrada a Nuestra Señora de Mosestrate. Todos sabemos que existe en Bogotá un famoso culto a la bella imagen de Nuestro Señor de Monserrate.

Pronto se olvidaría aquella primitiva devoción, porque la iglesia aún hoy conserva el nombre de El Hospicio, a pesar de haber sido dedicada hace pocos años a Nuestra Señora de los Dolores, según reza la inscripción frontal.

Luégo hubo de restablecerse, por falta de rentas del de Bogotá, el noviciado en Tunja, quedando el edificio que ocupaba en la capital como segunda casa de la compañía en Santafé.

Ciento diez años transcurrieron, hasta la expulsión de los jesuitas en 1767.

De acuerdo con la pragmática de Carlos III, las temporalidades de la compañía debían ser aplicadas a obras benéficas a la humanidad.

Fue entonces cuando el doctor Francisco Antonio Moreno y Escandón, Secretario del Virrey Messía de la Zerma, presentó a éste su famoso plan de ocupación, o mejor dicho, destinación de las temporalidades de los jesuitas.

Era el señor Moreno, sin duda, el criollo más notable del Nuevo Reino, y ya se había distinguido en España por su ilustración y raras dotes; y la Corona lo comprendió así, hasta el punto de que después de hacerlo Oidor de Lima, lo pasó a Jefe provisional (Regente) del Gobierno de Chile, en cuyo altísimo cargo murió. No sabemos de ningún otro caso similar, al menos en nuestra patria, a excepción del bogotano Agar y del payanés Mosquera, que fueron Regentes nada menos que del imperio español.

Por sus ideas avanzadas ha merecido la admiración de la historia, y —alguna vez— nos permitimos llamarlo sin contradicción, el Anteprecursor de la Independencia (1).

(1) Moreno fue cuarto abuelo del autor de este artículo.

Verdadero estadista —aunque bajo un régimen colonial— él lo reformó todo, desde los métodos de hacienda en las salinas hasta su plan de instrucción pública, que pareció a la progresista Corte demasiado avanzado.

Tres institutos surgieron del plan de Moreno: el Colegio de San Bartolomé renació, no ya bajo la dirección de los jesuitas, sino con el rectorado de sacerdotes criollos, quienes formaron a los bartolinos próceres, como Santander, Naríño, Ricaurte y Gutiérrez Moreno (nieta de don Francisco Antonio). Este ilustre colegio no fue regentado por los Padres de la Compañía entre 1767 y 1845 (casi un siglo).

La otra fundación consistió en la Biblioteca Real, cuyo núcleo fue la muy rica de los jesuitas, y con los años vino a ser la Nacional, único instituto que entre nosotros no ha dejado de funcionar un día, desde su apertura en 1777.

Allí se conserva un retrato al óleo de Moreno, a título de fundador, cosas ambas que suceden igualmente en El Hospicio, el otro instituto debido al inteligente celo del gran administrador de la cosa pública.

La casa de expósitos había funcionado con «El Divorcio» (cárcel de mujeres), muy mediocrementemente, desde 1642, en el edificio de San Pedro (hoy ocupado por los Hermanos Cristianos), contiguo a la Catedral, debido a disposiciones del Presidente Saavedra y Guzmán y de Fray Cristóbal de Torres; mas a los cinco años se trasladó a la casa número 175 de la carrera 12 (antigua calle de «Los Curas», de San Victorino). Mucho después, en 1775, los Agustinos cedieron por cuatro mil pesos el edificio llamado de San Miguel (hoy Ministerio de Guerra), y allí se instaló el hospicio de mujeres.

El historiador Groot dice que en 1639 fue nombrado Capellán del Hospicio que fundaron Saavedra y el Arzobispo Torres, nuestro Bernardino de Rojas y Abadesa, Florentina de Mora.

El Virrey Flórez, asesorado por Moreno, organizó seriamente el Real Hospicio, según Cédula de 20 de agosto de 1774; se prohibió que se ejerciese la mendicidad, y se dispuso que así las personas caritativas como las comunidades religiosas enviasen sus óbolos al nuevo Instituto, y allí empezó a funcionar dicho hospicio para ambos sexos, en el mismo año en que se abrió la Biblioteca, 1777, o sea diez después de la expulsión de los jesuitas.

Ibáñez dice que sobre la puerta de la iglesia se grabó esta inscripción: 1757. ¿No sería 1657, ya que las crónicas apuntan este año como el de la consagración del templo?

El Virrey Ezpeleta hizo construir, para hombres, el tramo occidental (calle 18 con carrera 8.^a), donde aún lucen un escudo de Bogotá y otro de España, y dotó a la casa con siete mil pesos de renta. Se instaló allí igualmente el asilo de exóritos, o sea la inclusa.

El único periódico que existía entonces, el *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*, elogió así a Moreno y Escandón: «Este Ministro, cuyo nombre se inmortalizará, levantado siempre en alto sobre las manos de aquella porción de infelices que encuentran tan caritativos asilos, proyectó la erección de esta casa de piedad».

Cuando se publicó, en 1794, la *Guía de Santafé*, por Durán y Díaz, figuraba una respetable junta administradora del Hospicio.

Durante la reconquista española en El Hospicio funcionó el Hospital militar, llamado de San Fernando, establecido por Morillo en honor de su soberano; pero en cambio se acabó con el asilo de la inclusa, que restableció el Libertador poco después del triunfo de Boyacá.

El doctor Pedro María Ibáñez (descendiente de Moreno), médico eminente, publicó, poco después de hacer estudios en París, una detallada historia de la medicina entre nosotros, hasta 1884. Mas no es de ésta, sino de

sus siempre eruditas *Crónicas de Bogotá*, de donde tomamos este interesantísimo pasaje:

«Sámano cumplió orden del Gabinete de Madrid, en provecho de la ciencia, y dispuso que los facultativos que residían en la capital se reunieran los jueves en el Hospital de San Fernando, con el objeto de conferenciar sobre medicina, cirugía, farmacia y química, para que perfeccionaran con la discusión los conocimientos que poseían.

Hé aquí el nacimiento de la primera Academia de Medicina que existió en nuestro país, creada por mano militar, con el objeto de hacer progresar las ciencias naturales y médicas.

Duró poco tiempo en esa época revuelta, y no dejó trabajo escrito de importancia; sus labores se redujeron a conferencias sobre temas científicos, fijados de antemano por el Rector Reguera. Es de justicia hacer conocer los nombres de los médicos que formaron esa sociedad: doctor Pablo Fernández de la Reguera, Director; doctor José Joaquín García, Secretario; doctor José C. Zapata, Secretario; doctor Benito Osorio, miembro; doctor José Félix Merizalde, miembro; doctor Santos González, miembro; don Domingo Hernández, miembro; Reverendo Padre Prior Manuel Amaya, miembro definidor; Mariano Barroeta, miembro definidor; Agustín Uscátegui, miembro; Fray Agustín Silva, miembro.

Los frailes académicos pertenecían a la Orden de San Juan de Dios, y eran médicos y cirujanos del hospital del mismo nombre.

Sorprende que en los días de terror, cuando los odios de nacionalidad habían llegado al mayor grado de exaltación, la autoridad española formara una academia científica, con miembros que pertenecían unos al partido del Rey y otros al de la República. La historia imparcial le tributa este honor a Juan Sámano.

Despertaba el espíritu de asociación en lo referente

a corporaciones científicas, y esta vez la reunión de hombres de letras no fue resultado del esfuerzo privado, como había ocurrido en la Colonia; esta academia contó con las simpatías y el apoyo oficial».

El 17 de noviembre de 1819 nombró el Gobierno Presidente de la Junta del Hospicio al Gobernador político Echeverría y Administrador de ellos al ciudadano Cándido Nicolás Girón con la misión de restablecer la casa de beneficencia al mismo estado que tenía antes de la reconquista».

Por su parte, otro gran cronista de nuestra ciudad, el doctor José María Cordovez Moure, abogado que fue de los Tribunales de la República, dice en uno de los ocho tomos de sus *Reminiscencias*:

«Ya hemos relatado los servicios de que disfrutaban los bogotanos en lo que dice relación con la beneficencia: veamos ahora el reverso de la medalla, y recordemos a la generación actual la situación de los establecimientos de caridad que tuvieron los santafereños.

La perturbación que sufrió el régimen colonial con los trastornos consiguientes a la guerra de Independencia se hizo sentir especialmente en los dos únicos establecimientos de caridad que fundaron los españoles en Santafé: El Hospicio y el Hospital de San Juan de Dios. Apenas estalló el movimiento de insurrección proclamado en esta ciudad el 20 de julio de 1810, cuando se instaló en el Hospicio el primer batallón de voluntarios, como para hacer con este primer despojo a los expósitos el funesto y seguro presagio de la suerte que tocaría a los próceres y a sus hijos... Desde entonces quedaron los refugiados reducidos a vivir de los precarios recursos que allegaban los empleados de la casa, implorando la caridad pública, en una sociedad empobrecida por los secuestros y las exigencias de la guerra, que todo lo consumió; y como no era justo arrojar a la calle a los infelices que existían en el establecimiento, les dejaron la

porción del edificio que no podía dedicarse a otros usos para que se quedaran en ella.

«En efecto: allí sufrió la capilla el Coronel Leonardo Infante, cuando lo condenaron a muerte; el gran claustro oriental con el patio respectivo sirvió para que nuestro ya conocido don Florentino Izásiga se exhibiera como avanzado volatín, en cuyo columpio o cuerda floja, como lo llamaba, se le veía ir y venir por los aires, desde el camellón, por encima de la cumbrera del tejado, ejecutando las más arriesgadas suertes. Las sesiones solemnes de la Sociedad Democrática de artesanos tenían lugar con sus tumultuosas barras en el mismo edificio y la correspondiente banda militar; y en el claustro occidental estrenó don Nicolás Quevedo Rachdell la primera compañía de zarzuela mística que recreó a los bogotanos en el año de 1857. El primer local al cual se le echaba el ojo para ocuparlo como cuartel, era El Hospicio, y en lo general lo dedicaban a cualquier espectáculo público o a la exhibición de animales raros que por circunstancias especiales no podían ser exhibidos en otra parte.

Entre tanto vivían en el Hospicio algunos idiotas monstruosos de ambos sexos, que eran el terror de los niños, cuando los dejaban salir a mendigar medio cubiertos con ruanas de jerga ecuatoriana o con túnicas de lienzo del Socorro, en tal estado de repugnante desaseo, que dondequiera que se detenían dejaban la semilla de la plaga que llevaban consigo.

Había un bobo conocido con el nombre de Ezpeleta, probablemente porque en el tiempo del Gobierno de este Virrey lo bautizarían en la casa, como expósito; este infeliz era mudo y deforme. Pedía limosna inflando los carrillos para que le abofetearan las mejillas, hasta que al salir el aire comprimido, imitara el estallido de un tiro de pistola; operación que le valía un cuartillo cada vez que encontraba algún desalmado a quien divertir con este acto de inhumanidad extrema.

Perico llamaban a otro que encantaba a las gentes triturando vidrios en los macizos molares que tenía alojados dentro de un antro profundo, que así podía llamarse la enorme boca con que lo dotó la ingrata suerte; cada uno de estos desheredados hacía ostentación de aquello que la espantosa noche intelectual en que vivían les sugería como a propósito para mover el corazón de aquellos a quienes se dirigían implorando una limosna que atenuara algún tanto la miseria en que estaban.

Y pensar que había seres racionales para quienes era inocente diversión hacer bailar a esos desgraciados y burlarse de las barbaridades inconscientes que ejecutaban!

Aún queda como antigua enseña en el Hospicio el postigo atado a una cadena por donde echaban a los niños que abandonaban las madres.

Hace luégo don Pepe Cordovez un patético recuerdo de lo que era la vida de los niños, sin calor y sin abrigo, hasta la traída a Colombia de las Hermanas de la Caridad, hacia 1873. Poco después fue puesto bajo su dirección el asilo, para expósitos nada más, y así podemos decir que fue entonces y de esa manera como quedó definitivamente fundado el Hospicio proplamente dicho que todos conocemos.

Don José Caicedo Rojas, otro «chroniqueur» delicioso de nuestra capital, escribió la biografía del notable naturalista don Romualdo Cuervo, que por muchos años fue Capellán del Hospicio y arriesgado explorador de la naturaleza.

Y así como antes de la traída de las Hermanas las grandes matronas de Bogotá, principalmente doña Evarista Quijano Caicedo Sanz de Santamaría de Caicedo, fueron el ángel tutelar del Hospital y del Hospicio (doña Evarista legó su enorme casa de la carrera 6.^a con calle 9.^a para que se estableciera el noviciado de las Hermanas), así, después de la llegada de éstas, han sido Síndicos del Hospital caballeros de la mayor distinción,

y sobresaliendo, que sepamos, don Juan Manuel Herrera Restrepo, don Miguel Restrepo Sáenz, don Eugenio Umaña Santamaría, don Luis Brigard Saiz.

Entre las señoras y señores que han sido benefactores del instituto, es imposible prescindir del bello rasgo—gesto, que dicen ahora—de quien envidó muy joven de la noble y bella Sofía Arboleda Mosquera, hija del gran poeta don Julio Arboleda. Alberto Urdaneta fundó y sostuvo hasta la muerte una sala en el Hospicio, y pintó para ésta un artístico retrato de su esposa desaparecida. ¿Verdad que tal forma de rendir homenaje a la memoria de su dama, resulta una verdadera «cachacada» bogotana de parte de quien fue uno de los más característicos tipos de la alta sociedad de hace medio siglo? ¡Oh, si el buen gusto de Urdaneta y su caridad bien entendida hubieran sido imitados tántas veces por los ricos viejos o por los nuevos ricos!

Por último, no se puede olvidar que las juntas encargadas en años pasados de la celebración del 20 de julio, dedicaban un medio centenar de pesos para obsequiar anualmente a los expósitos de ambos sexos con un paseo al Salto de Tequendama, amenizado por las bandas del ejército.

En alguna de las ocasiones en que pertenecemos a tales juntas, no pudimos menos de escribir en *El Nuevo Tiempo* nuestras emociones en una de esas simpáticas jornadas, por la indescriptible alegría de los setecientos asilados, (entre este número se incluyen los que han sido «dados a criar» al pecho de campesinas de las cercanías de Bogotá, y que por su edad, no concurrían a tales paseos). De allí ha salido parte considerable del gremio de servidoras domésticas.

En esa página evocábamos más de una historia de las varias que entonces recogimos de los discretos labios de alguna de las Hermanas cuya meritoria vida se consumió en el Hospicio. No faltaban criaturas que habían

aparecido en la inclusa, entre ricos olanes y bordados, como aquella muy preciosa, de tipo alemán marcado, que siempre estaba muy cuidada y bien vestida, no porque las Hermanas fuesen capaces de preferencias, sino porque con ese objeto recibían mensualmente del exterior un pequeño giro de origen misterioso....

Hoy el amplísimo edificio, con cerca a un centenar de corredores y salas, ha sido dejado por Hermanas y gente menuda, quienes han tendido el vuelo como una bandada de palomas y pichones — que diría un poeta del año cuarenta y tres — hacia las espléndidas construcciones campestres, debidas a las modernas iniciativas de las últimas Juntas de Beneficencia.

Pero el edificio no ha quedado solo y abandonado, y en pocos días, con la Gran Exposición de 1931, sus vetustos claustros se han transformado en el Palacio de la Industria nacional.

¿Sería forzar mucho la metáfora, si dijésemos que allí — en esa morada donde siempre, desde su fundación, se ha tendido hacia el futuro — se está amamantando ahora el porvenir de Colombia?—Amén.

ARTURO QUIJANO

Septiembre de 1931.

